

## CONFERENCIA XII

EL VIRREINATO (1766-1784): Buenos Aires al formarse el virreinato. Población. Aspecto de la ciudad. Costumbres. Medios de comunicación. El Gaucho. Progreso.—Carlos III y las colonias. D. Pedro de Zavallos, primer virrey. Campaña del Brasil. Tratado de 1777. Reforma mercantil. Administración de Tucumán. Paraguay.—Gobierno de don Juan José de Vertiz. Reglamento del comercio libre. Superintendencia de rentas. Estancos. Intendencias. España, la Inglaterra y las colonias. Malvinas. Colonización de la Patagonia. Revolución de Norte América. El *changador de ganados*. Entre Ríos. Chaco. Fronteras de Buenos Aires. Revolución de Tupac-Amarú. Fomento de Vertiz al progreso. Real convictorio carolino. Protomedicato. Teatro. Comisarías de barrio. Arreglo é iluminación de las calles. Alameda. Establecimientos de beneficencia. Imprenta. Escuelas primarias.—Comentario. La nacionalidad argentina y Buenos Aires.

### I

SEÑORES:

Buenos Aires, capital del virreinato del Río de la Plata, cuando se realizaba esta mutación en el orden político y administrativo de las colonias, comenzaba á adquirir la importancia á que á la

vez la llamaban su situación geográfica y el espíritu activo de sus hijos, cuya ansia por los estudios, clave de todo progreso social, expuse en la conferencia pasada.—No es esto decir, que presentara todavía el aspecto de una ciudad avanzada é industrial, ni que estuviera por sus costumbres y comodidades á la altura, en que tan rápidamente se colocó después.

Era la más moderna de las poblaciones españolas del Plata, favorecida con el asiento de un gobierno; oprimida como todas por el régimen restrictivo de la economía social de España; combatida más que otra alguna tal vez con la anulación de los criollos, que se educaban á escondidas de los celosos europeos, infatuados con su nacimiento al otro lado del mar, aunque destituidos generalmente de los méritos adquiridos por la religión del deber, que son los que dignifican el carácter y ennoblecen las ambiciones. A pesar de todo, colocada á la entrada de las colonias y enriquecida por la germinación de nacientes, pero vivaces elementos, progresaba con rapidez, y en este sendero, marchaba á la vanguardia de sus hermanas.

En 1744 la capital no contaba sino con 10.223 habitantes y su campaña con 6033 (1).—Los extranjeros se reducían á 163.

Apenas se contaban en la provincia tres médicos y un abogado. El gremio de este último

(1) *Registro Estadístico*, 1858, tomo I.

no estaba nada acreditado en el ánimo de los mandones. De seguro que los curiales de entonces no habían de llevar en alto la bandera del derecho personal contra las arbitrariedades de los gobernantes españoles; pero, no obstante, su profesión los obligaba al debate frecuente de leyes, que la administración vulgar de la metrópoli, quería levantar sobre la arena del examen, infundiéndole yo no sé qué trazas de incomunicable misterio, reflejado sobre sus ministros, que uno de los más fanáticos intentó inculcar en el ánimo de los niños paraguayos, calumniando impiamente á los autores sagrados á fin de radicar su obediencia, malgrado de la injusticia y del delito (1).

Los maestros de escuela se contaban también en número muy reducido, síntoma elocuente para demostrar una incuria que, por ser sistemática, reviste las condiciones de un delito.

El número de propietarios era de 327, y el de comerciantes de 75.—La agricultura contaba escasísimos adeptos, y el porvenir del país estaba ya entregado al desarrollo de la ganadería. A la vuelta de treinta años, cuando Buenos Aires asumía su gran papel en nuestro drama histórico, la población había aumentado considerablemente: el censo de 1778 dió un resultado de

(1) *Breve cartilla real para que los niños de la Provincia del Paraguay se instruyan en las primeras obligaciones de un buen vasallo dispuesto por su gobernador intendente don Lázaro de Rivera (penúltimo de la misma)*. M. S.

24.754 habitantes en la ciudad y 15.425 en la campaña, en la cual estaban á la sazón fundados veintiún pueblos y fuertes fronterizos.—La ciudad se extendía considerablemente hacia el oeste, y desde 1769, fué dividida en seis parroquias, á causa de la diseminación del vecindario, servido en los ritos religiosos, hasta esa fecha por una sola, la de la Catedral, encargada á dos curas y un vicario que tenía por asiento la capilla de la Purísima Concepción en el Alto de San Pedro <sup>(2)</sup> además de un curato rural destinado para los indios, mezclados ya por este tiempo á la masa de la población.

Los padres de la Compañía de Jesús introdujeron al país los primeros arquitectos, que dotaron á Buenos Aires con edificios dignos de una capital, y enseñaron á sus negros á fabricar ladrillos y hacer construcciones artísticas, desconocidas antes en la pobre colonia.

Todos nosotros hemos alcanzado, señores, á los hijos de africano, y á los últimos restos de las emigraciones forzadas de la raza negra, monopolizando, por decirlo así, el oficio de albañilería, y hasta hace poco, era un tipo genuino de Buenos Aires, el negro viejo con anteojos de color, blanqueando los frentes de las casas y las ropas de los viandantes con sus pinceles enastados en lar-

(2) Las nuevas parroquias eran las de la Concepción, Monserrat, Piedad, San Nicolás y Socorro.—Esta última quedó instituída, pero no comenzó á funcionar enseguida; V. el *Registro Estadístico*, Tomo 1.º, 1859.

guisimas cañas.—Invoco este recuerdo, que puede parecer trivial, como el último cuadro de un espectáculo, en medio del cual comenzó á desenvolverse en el siglo pasado el progreso artístico de Buenos Aires.—Los arquitectos jesuitas habían edificado en aquellos años, el Cabildo, San Francisco, San Ignacio, la Merced, la Recoleta y San Telmo, el templo sin rival de nuestra lujosa ciudad. San Telmo no sólo es la más hermosa concepción del arte religioso de que podemos envanecernos, sino un monumento de universal buen gusto.—Sus arcos lanzados con la agilidad y la ligereza de un pensamiento, parecen devorar al hombre que pisa las losas de su pavimento, arrebatando todas sus emociones y forzándolo á contemplar su pequeñez. Es la expresión plástica de la profunda y altísima piedad de una alma impregnada en las lozanas inspiraciones de la belleza ideal.

Una abundante colección de imágenes religiosas, obras artísticas de buena ley, enriquecían otros templos <sup>(1)</sup>, resaltando en medio de espantosas estatuas salidas de la mano insegura de los que han plagado de monstruosidades la mayor parte de sus retablos. Las notables construcciones que acabo de indicar, fueron llevadas

(1) Acaso el más notable en este sentido es el de la Recoleta, donde, además del famoso *Altar de las Reliquias*, se conserva aún un Jesús muerto en la cruz, otro Salvador expuesto al escarnio en el Pretorio, y entre varias, una encantadora efigie de San Antonio, que son verdaderas preciosidades artísticas; V., *Nuestra Señora del Pilar*, leyenda por don Santiago Estrada.

á término con el trabajo esclavo, porque, estrictamente hablando, no lo había libre, en un pueblo en que la propiedad territorial costaba poco, y menos aún la manutención del ocioso, gremio en que ingresaba la mayoría de los colonos, cuando no podía consagrarse al comercio. El obrero, tipo hermoso de los países engrandecidos por la industria, era desconocido en el Plata. Faltábanos ese elemento de prosperidad y de orden, suplido por el esclavo, merced á la política absurda de la madre patria, que nos privaba de la inmigración libre.—De aquí sin duda esa especie de monopolio tradicional, que hemos visto extinguirse por completo en nuestros días.

La fábrica de ladrillos cocidos dió término á las casas de tapia y de adobe, que á la venida de los arquitectos jesuitas Blanqui y Primoli eran las únicas, que había en Buenos Aires.

Nuestras calles, designadas con nombres de santos, aunque en desuso, eran verdaderos pantanos, aún en los sitios más centrales, y solía hacerse peligroso recorrerlas, tanto por esta causa como por la multitud de animales sueltos que las plagaban. Por la noche quedaban completamente oscuras, aislando á los vecinos si la luna no los favorecía ó se auxiliaban con linternas. La población no se reconcentraba tanto como hubiera sido menester para su más rápido progreso, aprovechando, al contrario, la vasta superficie de que podía disponer para extenderse, aunque naturalmente rala, como no podía menos de ser, dado que abrazaba el espacio comprendido entre

las calles de Santa Bárbara y Santa Rosa, hoy San Juan y Paraguay; la ribera y la calle de San Pablo, hoy Salta y Libertad, sin contar las tierras del Retiro, antiguo asiento de negros, y las chacras de los alrededores.

Buenos Aires se comunicaba con el interior por medio de los correos á caballo; y los viajes de pasajeros y mercaderías se hacían en penosas jornadas, en carretas tiradas por bueyes, medio de transporte, en parte subsistente hasta la actualidad.—El comercio de las regiones montañosas tenía el recurso de las arrias de mulas, pero en los llanos, era a carreta el transporte ordinario, que era preciso abandonar en los ríos y arroyos para atravesarlos desnudo. Las largas travesías de la pampa exigían el proveerse de víveres y de agua dulce, sin cuya precaución, el viajero se lanzaba á peligros inminentes; y se tenía por dichoso, el que podía cruzar los campos á caballo, conducido con infalible seguridad por el vaqueano, tipo eminentemente argentino. El pastoreo ha hecho jinete al hombre de nuestras campañas, y el despoblado lo ha hecho vaqueano y lo ha hecho gaucho.

Seguro de su rumbo sobre la desierta pampa, donde el ojo desacostumbrado se extravía, sin aguja ni ciencia, el gaucho argentino, se guía con inalterable certeza en la inmensa soledad.—Endurecido en la fatiga, soberano del potro mal domado, aislado en la lucha diaria de la tormenta, de la distancia y de la escasez, sin techo las más veces, y entregado al azar de la buena for-

tuna para su alimento, el gaucho es el hombre más desprendido de la sociedad, más envanecido con su fuerza, más renitente á la ley, á la cual burla, entrándose en su elemento, donde muere la energía del hijo de las ciudades. El gaucho va perdiéndose con la época de su apogeo, que no fué la de su origen. Ved ahí una filiación histórica, que he señalado en otra ocasión y que importa percibir: el gaucho es hijo de la colonia: es el hombre lanzado al desierto á luchar solo contra la naturaleza, por una civilización sin estímulo para la agricultura y sin encanto para el comercio; y en consecuencia, secuestrado del movimiento progresivo de las ciudades, y caracterizado en su vida dura, con todas las preocupaciones del atraso, y con la agreste independencia del aislamiento: filiación comprobada con su lenguaje, cuyo fondo es el lenguaje de los aventureros ignorantes del siglo XVII. Es verdad que ha adquirido nuevas corruptelas. Tengo para mí, sin embargo, que son pocas, y apenas usa de escaso número de formas incorrectas de expresión, que no se encuentren en los documentos de la colonia y en las crónicas de la conquista. La pintoresca grosería de sus décimas, á veces, empapadas en pasión; los supersticiosos temores que acosan su alma más temerosa de los muertos que de los vivos: la barbarie de su galantería, nómada, su valor y su tendencia á hacerse respetar á cuchilladas: todos estos rasgos de su carácter íntimo, ¿qué son, señores, sino otros tantos destellos del genio de los aventureros del siglo

XVII? Su fogón parece el vivac de los soldados de Irala. Ese hombre no es sino el conquistador alterado por el desierto. Así en los rotos fragmentos de una columna, se reconoce el sello imponente del arte griego, y el moderno adivina y reconstruye los monumentos destruidos.—¿Os parece extraña esa analogía? Reflexionad un instante, señores, y os lo ruego, porque el gaucho, su genio y sus costumbres llenan un vasto y fecundo período de la historia nacional.—Imaginad, señores, al hombre soberbio de aquellos tiempos, desterrado de la sociedad por la economía española, y colocado sobre su propia fuerza bajo la inmensidad de la miseria... Y algo más: no sólo la compleción económica de la colonia contribuía á esta obra de decadencia moral. Está escrito que no sólo de pan vive el hombre. Y bien. La legislación española lo privaba á la vez del pan y de la luz. Una que otra escuela en que un dómine mal engeniado enseñaba á palmetazos á deletrear malamente, tal era la educación colonial en las ciudades: las mujeres no aprendían á leer, temerosos sus tutores de correspondencias clandestinas y picantes.—Ni aun éstas existían en las campañas.—Allí no recibía el alma del niño la más leve noción científica, que pudiera entorpecer el crecimiento de las preocupaciones congénitas á toda edad primitiva.—Y si la enseñanza era nula, no lo era menos la religión, único freno moral capaz de contener en el orden las naturalezas apasionadas.—El colorido devoto de los documentos oficiales, y gran-

des templos levantados por la piedad de los ricos ó el celo de las órdenes monásticas, ha autorizado á afirmar irreflexivamente que la religión tenía imperio sobre la sociedad de entonces.—¡Error, señores, error!—¿Qué religión sería esa sin enseñanza?, y sin enseñanza digo, porque evidentemente, no la había, en campañas inmensas y largos despoblados, en que apenas se alzaba una que otra cabaña, donde nunca se pensó en Dios, donde no penetró jamás un sacerdote colocado á insuperables distancias, y que naturalmente los abandonaba á la soledad y á la ignorancia que lloraba hace cien años el obispo S. Alberto, y lamentaba el filósofo oriental á principios de este siglo.—Las leyes de tierras y de comercio hacían nómade al gaucho: la nulidad de la educación civil y religiosa, lo hacían bárbaro: ni en sus dolencias acudía á la ciencia, quedando bajo el azote del empirismo y en las más deplorables condiciones de higiene: ni en sus aficciones hallaba templo ni hogar.

La civilización rudimentaria de las ciudades se enrarecía al alejarse de la plaza de los cabildos: el hombre con su antiguo sello, modificado por una atmósfera que se levantaba del fondo de la barbarie indígena sin correctivo en el espíritu moribundo de aquella cultura ficticia, se hacía en las orillas ágil paladín de boca-calle, y la pulpería era su arena: á lo lejos se hacía audaz aventurero de las pampas; su escena era el desierto: en la margen de las poblaciones era *compadrito*, en los campos era *gaucho*.

Y aquello era hijo de las instituciones coloniales, caracteres fundidos en su molde al calor de la tiranía.—Pobre gaucho! sin hogar y sin freno... Le veo obrar frenético, el día en que bajo el pendón de la guerra, saborea por vez primera la comunión y la fraternidad, y nada extraño, señores: ¿qué otra encarnación sino Artigas, pudo tener aquel fermento social?

El desierto, cuna del gaucho, fué también el obstáculo á la fraternidad colonial. Las arduas dificultades de la comunicación debían producir fenómenos de la mayor trascendencia. Menos graves eran por parte del litoral, que se hacía por las vías fluviales en una navegación morosa sin duda, pero incomparable con los viajes por tierra.

Respecto de ultramar, hasta pasado el primer cuarto del siglo XVIII, apenas había comunicación. Los buques del Registro venían al Río de la Plata de tres en tres años, con una travesía de cuatro meses, cargados de misioneros, de inmigrantes y soldados, entre los cuales solían deslizarse en los puertos de su procedencia algunos pobres aventureros intrusos, que venían á buscar fortuna en la colonia, y se escondían á bordo hasta después de varios días de navegación, que les aseguraba la tolerancia forzosa de los capitanes. En aquel tiempo los llamaban *polizones*, probablemente serían las víctimas escogidas en la fiesta del *Rescate*, pomposa é inalterablemente celebrada, entre dos novenas, al pasar la línea equinoccial. Estos viajes eran una mezcla alter-

nativa de sobresaltos, de motines y de misiones, en que se sucedían las enseñanzas de los religiosos, el terror de los pilotos, y las revueltas sediciosas de los soldados.

De Montevideo á Buenos Aires ponían seis ó más días de viaje, emprendido sólo durante las horas de luz, y con el aparato de la gente más precavida. Abrían la marcha las lanchas sondeando escrupulosamente el río, y las seguían en proporción á su calado los demás buques, hasta fondear á tres millas de la ciudad, de donde desembarcaban por la Boca del Riachuelo, transportando los pasajeros en carruajes y las mercancías en carretas, que cruzaban á través de hondos lodazales.

A pesar de las leyes suntuarias de Felipe IV, que vistió rigurosamente de negro á nuestros venerables abuelos, la molicie de una vida pasada en la inacción traía en la madre patria un lujo, relativo por lo menos, que reflejaba en sus hermanos de la colonia, presa de idénticas preocupaciones en América que en Europa. Así me explico el encontrar, por la estadística de 1744: 50 sastres en Buenos Aires, uno por doscientos vecinos, 72 zapateros, que dan una proporción mayor, y 137 tenderos; al paso que había un solo boticario, 20 almaceneros y 3 fabricantes de cerveza; probablemente de un solo establecimiento. Estas cifras, así como las que comprueban la escasez de otros ejercicios, parecen indicar que la nimiedad de costumbres de la metrópoli, descritas por José de Somoza, era imitada en la colonia, sin que, por lo

demás, se cuidaran de proporcionarse las comodidades del sensato sibaritismo inglés.

En una y otra región se conservaba la habitud de comer á mediodía, y reposar en largas siestas. Este sistema de vida es conveniente sin duda para el jornalero despierto y en su faena desde que nace el sol; pero transportado á las costumbres generales, acusa la inactividad social, que permite perder las mejores horas del día, y la inercia de ese torrente febril, que en los pueblos modernos, adelantados é industriosos, absorbe al hombre y lo arrebató al quietismo para el trabajo, para el placer y para la lucha.

Siquiera el aspecto de las costumbres públicas perseverara, la parte material, el comercio y la importancia de Buenos Aires, cambió sobremanera con el virreinato, durante el cual comenzó su transformación. La rapidez de su vuelo es visible desde entonces, y el principio de la metamorfosis, á cuyo favor puede decirse que crió su industria cuando abrió un hogar hermano á toda actividad, y acarició al obrero, que ha desfigurado su fisonomía de aldea hasta llevarla al grado en que hoy la contemplamos, borrando entre tantos vestigios de su atrasada niñez, el tipo cómico del *blanqueador*, con la oleada del progreso material.

En las costas, que encerraban hace un siglo la República guaraní, crece un hermoso parásito llamado en la lengua indígena *ibapohy*. Se desarrolla con extraordinario vigor en los altos *yatays*, é inclinándose hacia la tierra, se encla-

va en ella poco á poco, penetra, se arraiga envolviendo el tronco, y germina de nuevo, brotando un espeso ramaje que se adhiere y enlaza con el superior, hasta que dominan la palmera y la sofocan.—Así, bajo el aire amigo de la libertad, los elementos fecundos de la industria, de la civilización y del comercio extranjeros, incorporándose á las aspiraciones de una raza varonil, flameante retoño de troncos viejos, destinado al nuevo florecimiento de esperanzas providenciales y hermosas, han venido, señores, á arraigarse, envolver y sofocar aquella sociedad decrepita de la colonia, con su trabajo esclavo, su régimen restrictivo, su aislamiento sistemático, su antagonismo interno, cuya esencia era la tiranía, cuya forma eran las ciudades mezquinas, las calles tenebrosas, los caminos insuperables y la puerilidad, rutinaria y formalista de las costumbres.

La época que estudiamos hoy es el período de los primeros movimientos regeneradores.

## II

El reinado de Carlos III y el ministerio de don José de Gálvez, imprimieron á las colonias un movimiento, que las sacaba de su postración, é iniciaba la curación de su horrorosa parálisis.

En nuestro país ha sido abundantemente discutida, la influencia y el carácter histórico de Carlos y su ministro, relativamente al Nuevo Mundo, y al paso que algunos escritores de res-

petable autoridad, los han ensalzado como sus benefactores, otros, y entre ellos el doctor Funes, han fulminado contra Gálvez el epíteto de «enemigo de la América».

Sin decidirse por ningún extremo, me parece que el doctor Funes es el que se ha colocado más cerca de la verdad, no porque piense yo como él, que fué Gálvez enemigo de las colonias, sino porque creo con la mayor sinceridad, que no fué su amigo, sino su explotador, y los pueblos, cuya majestad no comporta engaño ni transacciones, tienen derecho para decir con el Evangelio: «que no está conmigo está contra mí.»

La monarquía española se derrumbaba: el estadista de miras elevadas sentía que el fin de la decadencia la invadía con increíble rapidez, y como el atleta viejo, que tiene el criterio de su debilidad en la depresión del respeto de los demás, la España probaba su propia decrepitud, al verse desalojada de su antiguo sitio de honor y supremacía en la política continental; Carlos III aplicó toda su perseverante atención á restablecer á su país en el pasado esplendor, intermitente sin duda en adelante, porque le faltaba á la nación fuerza para soportar sus glorias y sus cargas, pero no por eso objeto menos digno del entusiasmo del monarca.—La decadencia española era incurable, el nervio de aquellas generaciones se había debilitado y esparcídose su vigor en los campamentos; pero era patriótico de parte del hombre de estado apuntalar el edificio y luchar contra la enfermedad brazo á brazo, en vez de dormirse en un quietismo indolente ó desesperado.



Infiltrarle la savia de los pueblos nuevos en que irradiaba su vida: fomentar el comercio de los últimos para percibir sus ganancias: fortalecerlos para rodear de respeto al nombre español en ambos mundos: esparcir el monopolio de las Indias en toda la península, á fin de aumentar el bienestar de mayor número de vasallos, en vez de engrosar los caudales de unos pocos hijos privilegiados de la suerte, para contar así con nuevos elementos en la riqueza pública y en la opinión: tal me parece haber sido el propósito de Carlos. Ni puedo atribuirle otro, en presencia de las leyes opresivas y de sin número de arbitrariedades, con que se complacía en hacer sentir á los colonos su poder, mientras les daba franquicias mercantiles y les abría la senda de su engrandecimiento político, mejorando su administración.—Fué el explotador y no el enemigo de las colonias, por consecuencia.

Con este fin, y el de facilitar el gobierno del Plata, cuya cabeza residía en Lima, haciendo torpe la circulación de las órdenes superiores, se ratificaba el pensamiento de levantar á mayor altura un centro de poder destinado á contrarrestar la violenta usurpación de territorio, perseverantemente seguida por los portugueses.—El Brasil estaba á la sazón gobernado por un virrey, lo cual le permitía mayor rapidez en las decisiones que las que podía oponerle el gobernador de Buenos Aires. Así que al organizar la fuerte expedición que debía ponerles á raya, se determinó por cédula de 8 de Agosto de 1776, investir al nue-

vo jefe de la provincia, don Pedro de Zevallos, que venía á la cabeza de 9000 soldados, en la escuadra comandada por el marqués de Casa Tilli con el título y categoría de virrey del Río de la Plata, extendiendo su jurisdicción desde el Plata propiamente dicho, incluso las costas patagónicas, hasta el Paraguay, presidencia de Charcas, Cuyo y Tucumán, encerrándola entre las sierras del Paraguay los Andes y el Océano Atlántico.—Buenos Aires fué designada para capital del virreinato.

Previniéndose para colaborar á los propósitos del nuevo jefe, el general Vertiz había preparado un número de tropas, que debían concurrir á la guerra.

El virrey, venciendo la repugnancia meticulosa del almirante, se presentó delante de Santa Catalina, fuertemente guarnecida y artillada por el enemigo. Su plan era apoderarse de este punto, invadir en seguida el Río Grande y terminar por el desalojo de la Colonia del Sacramento en una rápida y vigorosa campaña.—La guarnición de Santa Catalina no le resistió, y el 25 de Febrero de 1777, la tomó sin derramar una gota de sangre. Vertiz, entre tanto, marchaba hacia Río Grande, donde el virrey debía operar sin tardanza. El convoy de Zevallos fué dispersado por las tormentas, y tuvo que cambiar de plan, abordando á Montevideo, donde se dispuso para caer sobre la Colonia.

Tan grande contratiempo embarazaba sin duda la terminación de la guerra, cuyo plan con-